

por vez primera, la atmósfera terrestre. En el descenso, siendo imposible el uso del paracaídas (por la gran altura), yo invertiría la acción del cohete de modo que pudiera trabajar contra la velocidad de caída, para disminuirla y permitir un aterrizaje suave sobre la tierra. Sólo

con un cohete puede tomarse en consideración la posibilidad de un viaje á la Luna con su respectivo regreso.

¿Ha nacido ya el hombre cuyo cerebro deberá concebir los procesos necesarios para semejantes ensayos?

—o0o—

La Tragedia del Amor

Por Jorge Ma. Cui, H.S. '31.

LEA la noche del 8 de Septiembre de 1896. El grito de Balintawak había repercutido de una y otra parte de las Islas. En el Este, Oeste, Norte y Sur, la gente se movía y agitaba como un solo hombre sediento de venganza y de libertad.

En una de las provincias del sur, un barquichuelo fondeado a orillas de la playa daba sus tres pitadas de salida. Entre los pasajeros de la barquilla se encontraba un jovenzuelo que a juzgar por su apariencia no era de cuna humilde.

"Rubén, te has despedido ya de ella?"—le preguntó un amigo.

"Sí, Joaquín, y apenas tenía corazón para dejarla."

"Y entonces, porqué te marchas?"

"Porque mi patria me necesita. Allá en lejanas tierras aprenderé a ser libre, y a guiar los destinos de mi patria."

El barco dió otro silbido, y los compañeros se abrazaron.

x x x

Un año atrás, en un baile típicamente filipino, una joven colegiala se escondía de las miradas de todo el mundo.

"Quién es ella?"—preguntaban todos los que la veían.

"Ella?"—respondió Fernando,—"es la única hija de Don Basilio, rico propietario de Balayan."

Rubén que estaba cerca se enmutó. Don Basilio era el enemigo más temible de su padre. Ambos eran ricos, ambos eran influyentes y ambos se odiaban mutuamente. Cómo conocerla sin llamar la atención de los concurrentes? En aquel momento, como si el hada buena quisiese protegerle, el grito de incendio repercutió por el salón. Se desmayaron las viejas, se

alarmaron los viejos, y los jóvenes aprovecharon la ocasión.

"Señorita, tome Vd. un poco de agua,"—decía Rubén a Virginia que estaba más pálida que una cera.

Cogió la joven el vaso con manos temblorosas y le dirigió una mirada llena de gratitud.

"El fuego no ha sido nada. No era más que una falsa alarma."

"Y de quien partió el grito entonces?"—preguntó ella ruborosa.

"De un pillo que quería aguar la fiesta porque no se le había invitado."

Minutos después la orquesta preludiaba el rigodón y Virginia y Rubén eran parejas en el baile de honor.

Aquella noche Rubén volvió a su casa hechizado por las miradas de Virginia. No podía conciliar el sueño, luchando entre el amor y su deber a su padre. Su padre se opondría a sus relaciones con Virginia, pero ¿cómo olvidarla?

Pasó una semana sin verla. Quería olvidarla pero el amor era más fuerte que su voluntad, y sin querer se vió al lado de ella, una noche en que ella iba de paseo con otras chicas.

x x x

Un año ha pasado. Un año de felicidad y amor. Y cuando Rubén ya creía que podría realizar sus sueños, se oyó la voz de la patria que exigía de sus hijos su sangre. Era durante estos días de agitación y dolor cuando su padre decidió mandarle a España

x x x

Bajo un frondoso árbol de manga, se hallaba Virginia tejiendo un collar de sampaguitas. Su mirada se perdía constantemente en la profundidad del bosque como en espera de alguien. Era la hora más calurosa de la tarde, en que las

viejas se hallaban disfrutando de la siesta y ella se había burlado de la vigilancia de sus guardianes para acudir a la última cita de su novio.

De pronto, suena un silbido y ella alarmada se levanta de su asiento. Era Rubén que llegaba.

"Rubén, Rubén, gracias que has llegado. Las viejas acaban de acostarse y tenemos algunos minutos para hablar. ¿Cuándo te marchas?"

"Esta noche. Cuando las campanas toquen el angelus, te enviaré mi último adiós al través del espacio."

"Rubén, mañana estarás lejos de estas playas, . . . estarás muy lejos de tu patria."

"Sí Virginia, pero tu amor me acompañará, y el recuerdo de mi patria me dará mas bríos para cumplir mi misión."

"Sí, es verdad, mi alma irá contigo donde quiera que vayas, pero, Rubén, la ausencia causa el olvido, y quien sabe lo que puede suceder. . . ."

"¿Dudas acaso de mí, Virginia?"

"Dudar no, pero temo. . . temo tantas cosas, que no se lo que me sucederá."

Reina un breve silencio, y por las hermosas mejillas de Virginia ruedan dos lágrimas.

"Virginia, la separación es amarga, cruel y dolorosa. Pero en tu alma de filipina, no sientes acaso que la separación se hace necesaria? Allá aprenderé a ser libre y ese mismo saber nos libertará. Pues nosotros sabremos guiar nuestro pueblo hacia la libertad!"

"Sea!"—respondió ella con voz sonora,— "que el recuerdo de tu patria te traiga otra vez a mi lado, y que nuestros hijos nazcan libres. Toma este collar de sampaguitas cuyo perfume es el de la filipina y consérvalo como un recuerdo de tu patria y mío."

"Gracias, Virginia, tu amor, mi patria y este collar serán mi escudo."

"Adiós, Rubén, adiós. . . y no me olvides."

"Virginia, olvidarte sería olvidar a mi patria. Adiós!"

x x x

La revolución estaba en su apogeo. Los jóvenes se congregaban en casa de Don Basilio

para deliberar mejor sobre los asuntos de la patria. Los viejos se sentían animosos, y las mujeres procuraban por todos medios trabajar por el éxito de la revolución.

"¿Qué hora atacaremos la fortaleza española?"—preguntaba un joven oficial.

"Esta noche,"—contestó el General Malvar,— "la oscuridad será profunda, y la hora más propicia para atacar será á las diez."

"¿Están todos nuestros hombres armados?"—preguntó un viejo.

"Sí, las armas y municiones se repartieron esta tarde,"—respondió el General, y después de una corta pausa añadió,— "Esta noche, al toque de ánimas, jóvenes y viejos se reunirán en el cementerio, y desde allí daré la señal de ataque."

"Entonces ya es tiempo de obrar. Vámonos todos."

"Un momento amigos,"—dijo Malvar,— "es preciso obrar con sigilio. La recolección del palay será buena excusa. Los españoles no notaran la ausencia de nuestras esposas e hijas del hogar. Pero. . . está hecha ya la bandera?"

"No falta más que una letra,"—respondió Virginia mostrando la bandera.

Un tiro repercutió por el espacio. Un oficial cae muerto; y antes de que los otros se dieran cuenta de lo sucedido el tiro se repitió.

"A las armas!"—grita el General.

Hombres y mujeres salen aturdidamente de la casa, mientras que Virginia exhalaba su último suspiro, abrazada a su bandera, víctima de una bala

x x x

Un año y otro año iba pasando y allá en la lejana España, Rubén atribuía el silencio de Virginia a una infidelidad. ¿Cómo tener noticias de su patria cuando todo pasaba por manos del censor? ¡La incertidumbre era peor que la misma realidad! Rubén decidió volver a Filipinas por el primer barco.

Un mes después desembarcaba un hombre envejecido por las penas. Era Rubén. Buscó a su padre, pero como viera que todo estaba revuelto se fué a casa de Joaquín para pedirle noticias.

"Rubén, eres tú?"

"Sí Joaquín, soy Rubén,"—contestó,—
"pero dime ¿donde está mi padre. . . y Virginia?"

Joaquín bajó la cabeza. No tenía valor para desgarrar el corazón de su mejor amigo.

"Dime, ¿qué ha pasado?"—volvió a preguntarle Rubén.

Joaquín pareció despertarse de un sueño.

"Rubén, ¿tendrás valor para oír lo que tengo que decirte?"

"Sí, he venido dispuesto a todo. Cuéntame lo que ha pasado."

"La revolución ha reclamado muchas vidas, y entre ellas, la de tu padre y de tu novia."

"Mi padre muerto! Virginia . . . no; no no puedo creerlo!"—y anonadado de tanto dolor se desplomó sobre un sillón, y sollozó como un niño.

Pobre Rubén, no llores más. La suerte ha sido cruel contigo, pero tu padre y tu novia fueron héroes en la jornada. Tu padre se unió a los revolucionarios y en una emboscada una bala enemiga le atravesó el corazón."

"Y Virginia como murió?"—preguntó Rubén entre sollozos.

"En la noche del ataque los hombres se habían reunido en casa de Don Basilio. Mientras Virginia nos mostraba la bandera que ella había hecho, unos españoles que habían descubierto la reunión rompieron fuego con tal mala suerte que Virginia cayó muerta."

"Pobrecita, y yo la creía infiel!"—dijo Rubén tristemente y levantándose añadió,—"llévame a su tumba, Joaquín."

"No Rubén, ahora estás muy emocionado. Mañana te llevaré."

x x x

A la mañana siguiente, al despuntar el alba, Joaquín echó de menos a Rubén. Este se había ido solo al cementerio a buscar la tumba de su amada. Allá en un parte del cementerio se hallaba Rubén arrodillado sobre la losa fría de una tumba.

"¿Me oyes, Virginia? Tú que solías decirme que si acaso te morías antes que yo, volverías a hablarme. Te acuerdas de estos versos que me solías recitar:

Si por mi tumba pasas un día;
Y amante evocas el alma mía,
Verás un ave sobre un ciprés,
Habla con ella que mi alma es!

"¿Me oyes, Virginia?"

Billy Aprende Una Lección

Por Luis Garchitorena.

EN el pueblo de Tidewater, un importante encuentro de boxeo se iba a celebrar entre Billy Jones retador, y Battling Morgan campeón. Las apuestas estaban poco más o menos niveladas. Mientras los partidarios del campeón aseguraban que Jones no pasaría del tercer asalto, los partidarios del retador decían que Morgan era el que iba a salir malparado.

Billy Jones era un muchacho alto, bien formado y de facciones regulares. Tenía veintidós años y pesaba ciento treinta libras. Era un boxeador bastante bueno, habiendo ganado casi todas sus peleas. Poseía una agilidad

asombrosa, pero no tenía "puñetazo." Nunca había puesto fuera de combate a nadie.

Un día, estando entrenándose en el gimnasio, entró su novia Mary Hagen, chica de diez y ocho abriles, muy sofocada y excitada.

¿Qué te pasa?—preguntó Billy.

—Pues verás,—respondió ella,—que, al pasar por una calle para irme a casa me encontré con Morgan. El muy fresco, me piropeó y luego me dijo que te iba a aplastar como a un mosquito.

Billy se puso pálido de indignación y contestó:—Con que ¿te dijo eso, eh?